



100 años de Vida y Misión en Venezuela

Para iniciar la reflexión sobre los 100 de la Compañía de Jesús en Venezuela

Noviembre y Diciembre 2015

PREÁMBULO:

La Provincia pone en tus manos el texto “Algunas incidencias en un siglo de presencia ignaciana en Venezuela (1916-2016)”. Sus principales destinatarios son los Laicos y Laicas de las obras ignacianas, las Religiosas vinculadas a estas obras y las Comunidades Jesuitas. Deseo que éste sirva de punto inicial de la reflexión que tendremos durante el mes de noviembre y también de base para preparar la celebración de diciembre 2015. Al final del texto, aparece una guía para el trabajo personal y grupal del mismo. Desde ya les pido todo el empeño y entusiasmo para que el Centenario se traduzca en una experiencia de agradecimiento a Dios por estos años de presencia en Venezuela; fortalecimiento de nuestra identidad y misión como compañeros y compañeras de Jesús; y de actualización de las respuestas que queremos dar a los retos que la realidad nos demanda desde la perspectiva del plan apostólico de la provincia, soñando con otros y otras el futuro que juntos vamos construyendo.

Arturo Peraza sj

“Algunas incidencias en un siglo de presencia ignaciana en Venezuela (1916-2016)”

Luis Ugalde sj

Los primeros jesuitas llegaron en 1916 a Venezuela invitados para dirigir el Seminario de Caracas para formación de sacerdotes. Habían sido expulsados en 1767 por el rey Carlos III de España y de sus dominios, y en 1848 el presidente Monagas José Tadeo prohibió su entrada por considerar negativa y peligrosa su presencia. De manera que los dos primeros jesuitas entraron semi-legales y también semi-clandestinos con la recomendación del Nuncio de que se identificaran como sacerdotes, pero no como jesuitas. Venían como educadores, específicamente como formadores de sacerdotes a una Iglesia con una institucionalidad empobrecida, que 40 años antes- gracias a la visión “ilustrada” de Guzmán Blanco- había quedado sin seminarios para formar sacerdotes, sin recursos económicos y sin órdenes religiosas y sus múltiples servicios eclesiales. A partir de 1888 con el presidente Rojas Paúl empezó la lenta recuperación con refuerzos de diversas congregaciones (hermanas de S. José de Tarbes, de Santa Ana, Padres Salesianos, Franceses, Hermanos de La Salle, Capuchinos...) y la fundación de congregaciones religiosas femeninas nativas, como las hermanas Franciscanas venezolanas, las Hermanitas de los Pobres de Maiquetía, Agustinas, Franciscanas, Carmelitas venezolanas, Siervas del Santísimo...

Los jesuitas fueron traídos para reforzar a la Iglesia en Venezuela con la formación del clero. De ahí pronto derivó la otra razón inherente a su condición de educadores, los colegios para formar laicos católicos. Tras discusiones dentro del gabinete de Gómez, y vencidas en parte las resistencias que presentaban a los jesuitas como un peligro, se les dio permiso para que abrieran un colegio, como los muchos y afamados que tenían en el mundo. Así nació el colegio San Ignacio en 1923 en el centro de Caracas y pronto varios ministros inscribieron a sus hijos en él. Desde el Seminario, los jesuitas comenzaron a impulsar la vivencia de la fe

afianzada en la reflexión del Evangelio con sus predicaciones en el Templo San Francisco. Lo que fue impulsando poco a poco la catequesis, misiones, formación de laicos y a la práctica de los Ejercicios, brindando así la posibilidad de abrirse rápidamente al amplio campo de la evangelización.

1- DE LAS COSAS NUEVAS

La Iglesia Católica como toda la sociedad europea era cada vez era más consciente de las enormes transformaciones traídas por la revolución industrial y la Revolución Francesa, el surgimiento de grandes aglomeraciones urbanas donde en situaciones de gran precariedad y sin ley ni política que los defendiera, crecían los cinturones de miseria del proletariado... A mediados del siglo XIX era claro que el capitalismo liberal que crecía inexorablemente con la revolución industrial y cuya otra cara era la explotación brutal del proletariado, era incapaz, por sí mismo y sin leyes ni Estado regulador, de producir condiciones más humanas, y por tanto, que esas sociedades iban a estallar. Se hacían inevitables las búsquedas de soluciones capaces de asumir la sociedad industrial y al mismo tiempo humanizarla, frenando sus consecuencias inhumanas y transformando las causas. En 1889 nace la Segunda Internacional de inspiración marxista para combatir y defender en nombre del proletariado, de su dignidad y de su esperanza, ese capitalismo inhumano y salvaje, y construir una sociedad alternativa. En 1891 la Iglesia católica con el papa León XIII, recogiendo experiencias y reflexiones precedentes, la inspiración evangélica y la sabiduría filosófica de los clásicos cristianos, aborda la "cuestión social" y trata "de las cosas nuevas" (Rerum Novarum) que exigen del cristianismo una nueva reflexión y respuestas en defensa de la dignidad humana y del bien común. Así nace la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) y su acción social, que busca respuestas prácticas a los graves problemas de las relaciones obrero-patronales, de la propiedad e iniciativa privada y del papel del Estado con nueva legislación y nuevas políticas imprescindibles para hacer un mundo más justo. El mundo industrial a fines del siglo XIX camina inexorablemente hacia el enfrentamiento de los intereses de las grandes potencias políticas y el enfrenamiento social de clases, interno a las sociedades. Pronto estallará la primera guerra mundial (1914-18) y nacerá, en una Rusia derrotada y en la miseria, la Revolución Rusa y con ella la Unión Soviética como dictadura del proletariado con eliminación de la propiedad privada y de toda iniciativa distinta del gobierno del partido único bolchevique.

En la preparación y redacción de la primera encíclica social hubo una presencia jesuita importante, principalmente en la figura del P. Heinrich Pesch, y en las décadas siguientes la Compañía de Jesús dedicará grandes esfuerzos a la reflexión y a la acción social, así como a profundizar la educación, de acuerdo a su condición de una orden religiosa llamada a estar presente en las encrucijadas de la historia y por ello cuestionada y perseguida.

No es extraño que la Iglesia en Venezuela tan empobrecida humana y materialmente, empezara el siglo XX con grandes carencias formativas y organizativas. **La Compañía de Jesús desde su llegada apostará a tres grandes líneas de trabajo: refuerzo de la Iglesia con la formación del clero y de organizaciones laicas, la educación escolar en los colegios y el aporte a la construcción de una sociedad más justa con una nueva conciencia cristiana en la que la fe animada por el amor lleva a cuestionar el orden socio-económico y político injusto y a construir una sociedad más justa de acuerdo a la doctrina social de la Iglesia.** Formar obispos, sacerdotes y laicos con una nueva mentalidad social en esa Venezuela rural y empobrecida que pronto se iba a enfrentar a una urbanización acelerada con una renta petrolera derivada del petróleo estatal explotado por las compañías petroleras extranjeras. Formación cristiana y discernimiento del mundo moderno que iba naciendo, nutrida por la espiritualidad ignaciana como una vía de conocer, amar y seguir a Jesús. Todo

esto por su propia naturaleza no es estático e irá evolucionando y cambiando algunos de sus contenidos en la acción de los jesuitas.

La Compañía de Jesús fue fundada por San Ignacio de Loyola en 1540 y tiene como piedra angular los Ejercicios Espiritual de San Ignacio, orientados a transformar la vida de quien los hace en silencio y soledad con Dios y sale decidido al seguimiento de Jesús según los tiempos, lugares y circunstancias donde vivimos. Ignacio enseña también a discernir, tanto los movimientos espirituales internos como las realidades externas, para orientar con los valores del Reino de Dios nuestra acción al mayor servicio y amor. **Por eso en Venezuela a los 25 años (1941) de la llegada de unos pocos jesuitas ya aparecen claras las líneas maestras de la labor de los jesuitas: Fortalecimiento institucional de la Iglesia, educación escolar, espiritualidad y trabajo por la justicia social; todo ello animado y vivido desde la fe y seguimiento de Jesús y encarnado en las circunstancias muy concretas del devenir venezolano.**

Podemos preguntar de manera crítica y reflexiva qué manifestaciones y logros eclesiales y nacionales se pueden apreciar de este aporte. Naturalmente en todos estos campos los pocos jesuitas activos (nunca fueron más de 100 sin contar estudiantes y retirados por edad o enfermedad) han venido trabajando con los obispos y sacerdotes, con las otras órdenes y congregaciones religiosas y con miles de laicos. Por eso no tiene sentido preguntarse por lo que los jesuitas han hecho de manera diferenciada de los otros, sino apreciar su contribución a ese caminar juntos, aportando cada uno lo que es propio de su carisma. Más que una descripción pormenorizada, en los siguientes párrafos vamos a tratar de hacer una mirada retrospectiva en tres grandes áreas: educación, justicia social y formación eclesial.

2- APORTES EN EDUCACIÓN

Primero se fundaron colegios propios en una Venezuela donde la educación escolar de cierto nivel era escasa y sólo para minorías que la pudieran pagar: San Ignacio de Caracas (1923), el internado San José de Mérida (1927), San Luis Gonzaga de Maracaibo (1945), Javier de Barquisimeto (1953), Jesús Obrero de Catia, Caracas (1948), Loyola-Gumilla de Puerto Ordaz (1965). Al mismo tiempo otras congregaciones religiosas masculinas y femeninas fundan numerosos colegios. La Iglesia en el siglo que va de 1865 a 1965 pasa prácticamente de cero a cientos de colegios con miles de estudiantes. Un hito fundamental en este crecimiento e implantación educativa fue la creación (1945) de la Asociación Venezolana de Educación Católica (AVEC) en la que se agrupan todos los centros educativos de la Iglesia Católica. El P. Carlos Guillermo Plaza SJ, fue el hombre clave en la fundación de la AVEC y su primer Presidente hasta 1953. Plaza era un jesuita caraqueño con muy buena formación internacional dotado de inteligencia, visión y de creatividad. Oro jesuita que aportó mucho a la educación venezolana desde los colegios y la AVEC fue el vasco P. Genaro Aguirre SJ.

En 1945 la educación venezolana era pobre y la gran mayoría de la población carecía de ella. A la salida de la dictadura gomecista y en camino hacia la democratización, se veía cada vez con mayor claridad en Venezuela la necesidad de una profunda transformación educativa sembrando de escuelas y de maestros todo el país con una política educativa de estado. Esta visión se encarnó en la creación del Pedagógico (1936) para formar educadores y la siembra de decenas de centros de formación de maestros normalistas por toda la geografía nacional. Eran tiempos de fuertes enfrentamientos educativos entre la educación privada católica y la impulsada por una visión política laica que consideraba necesario que el Estado asumiera como prioridad la educación estatal oficial para todos los venezolanos, financiada por el presupuesto nacional y gratuidad para las familias. El maestro Luis Beltrán Prieto será quien mejor encarne o simbolice este empeño y contará para

ello con su partido AD en el poder. Por razón de las circunstancias históricas y personales se dio un fuerte choque con la educación de los colegios católicos a mediados de los cuarenta.

Tal vez el hecho que más claramente visualiza este enfrentamiento en el llamado “trienio adeco” (1945-48) fue el choque que enfrentó posiciones contrarias en torno al decreto 321 de 1946 que discriminaba a la educación católica y que llevó a la AVEC y a los colegios católicos a protestar en la calle. Mientras unos creían que era beneficioso para el país frenar y reducir la educación católica y sustituirla por la oficial, otros pensaban que el país necesitaba su fortalecimiento y expansión. El conflicto se resolvió con el cambio de decreto y renuncia del Ministro de Educación. Visto en perspectiva una prueba de que ahí se enfrentaban dos fuerzas positivas y necesarias, pero que cada una con sólo media verdad e infravaloración y hasta exclusión de la otra, la da el hecho de que veinte o treinta años después muchos de los protagonistas educativos de los enfrentamientos del 46-47 van encontrando la parte de verdad que tenían los otros y la importancia para una sociedad democrática y plural de complementar el papel y la acción educativa del Estado con la libre creatividad de una pluralidad educativa en el conjunto de la educación pública. Se fueron produciendo muchas formas de creatividad social educativa más allá del gobierno de turno y de los educadores funcionarios del Estado.

Hoy en día el papel central del Estado en educación en una sociedad democrática no defiende el texto único, ni la exclusividad en la formación de los educadores centrada en el Pedagógico Nacional; con el tiempo decenas de universidades de financiamiento oficial y privado (todos con su autonomía) serán reconocidos como centros de formación de educadores. Pero es importante no olvidar que siempre hay la tentación de defender la exclusividad del Estado para desde él imponer la ideología del propio partido o minimizar el papel de la *sociedad* en la educación. Hoy sería una tragedia nacional si desapareciera esa creatividad educativa plural en la sociedad venezolana, como sería también que el Estado se desentendiera de su responsabilidad educativa como prioridad máxima y lo dejara todo a la libre iniciativa de la sociedad y a las posibilidades familiares de financiamiento.

También hay que recordar el significado y valor de la lucha por implantar la educación laica, gratuita y obligatoria. El título de un libro del maestro Luis Beltrán Prieto “*De la educación de castas a la educación de masas*” expresa de modo elocuente y polémico una necesidad permanente. La educación de las masas, la educación de todos los venezolanos es absolutamente imprescindible y es un derecho de todos y su realización es imposible sin un decidido papel del Estado con un financiamiento público, especialmente, y con prioridad de la educación de los más pobres. El tiempo demuestra que en una sociedad democrática y plural el Estado en educación debe promover, impulsar y estimular la “sociedad educadora” y las múltiples iniciativas de ésta en todos los niveles y modalidades del Sistema Educativo.

Los jesuitas en Venezuela desde 1940 hasta nuestros días han tomado parte en estos grandes debates ideológico-educativos. Afortunadamente han evolucionado en él desde posiciones de mayor enfrentamiento a más reconocimiento de la parte de verdad en el otro lado. Se ha aportado, y se sigue haciendo, a la reflexión y acción educativa. Si comparáramos posiciones de jesuitas en los tiempos del decreto 321 y en los tiempos actuales nos parecerían enfrentadas y contradictorias; pero en realidad los cambios son la resultante del ejercicio democrático de ver y apreciar la parte de verdad del otro. De más está decir que en esta reflexión educativa los aportes de los jesuitas van a una con las de otros en la vertiente católica y también con las de quienes en otro tiempo eran considerados anticlericales y defensores del estatismo excluyente.

Es importante recoger aquí dos modalidades de la educación con las que han contribuido los jesuitas de manera significativa, como son la fundación y expansión de la Universidad Católica y el movimiento educativo popular Fe y Alegría.

Jesuitas y Universidad. Otro aporte muy significativo de los jesuitas a la educación venezolana es la fundación de la Universidad Católica de Caracas en 1953 y todo lo que de ahí se ha derivado como aporte educativo al país. Conviene recordar que en Venezuela no hubo, ni podía haber una universidad privada hasta ese año. En Estados Unidos por ejemplo hay universidades privadas ya en el siglo XVIII en los comienzos mismos como nación independiente. La primera universidad de los jesuitas en esa nación es Georgetown University fundada en 1789, creada por el primer obispo católico (jesuita) John Carroll en tiempos en que la Compañía de Jesús no existía, pues por presión de monarquías europeas había sido suprimida por el Papa en 1773 y fue restaurada en 1814 por el papa Pio VII.

La creación de la UCAB fue un verdadero acto de audacia, de la que fue principal inspirador y actor el ya mencionado P. Plaza. Audacia porque apenas cinco años antes se discutía en el Congreso y en el mundo político si los jesuitas debieran ser expulsados del país. Y también porque algunos consideraban (y con razones) que los jesuitas en Venezuela todavía eran pocos y no tenían músculo suficiente para crear y mantener una obra tan exigente como una universidad. Había también obispos y jesuitas que compartían esa opinión. El P. Plaza fue venciendo todos los obstáculos y encontró un buen aliado en el gobierno, el Ministro de Educación Dr. José Loreto Arismendi que le favoreció y consiguió el visto bueno de Pérez Jiménez e introdujo una especie de nota a la nueva Ley Educativa (lista para ser aprobada) que autorizaba la creación de universidades privadas cuando el Ejecutivo lo considerara oportuno. Así, con la aprobación del Episcopado (1952) y con mucha modestia e incertidumbres (pero con muchos sueños y aspiraciones) se fundó en octubre de 1953 la Universidad Católica (meses después le darán el nombre de Andrés Bello) con sede prestada en la esquina Mijares, en lo que era el colegio San Ignacio, que se trasladaba a Chacao. La provincia SJ vasca matriz en España de la entonces Viceprovincia envió excelentes refuerzos (PP. Olaso, Pernaut, Sánchez Muniain, Olariaga...) con preparación y títulos; y la falta de jesuitas venezolanos ya formados y con doctorado fue suplida por dos decanos laicos de renombre y convencidos católicos, como fueron el decano de ingeniería Santiago Vera y el de derecho Manuel Reyna.

Hoy, 60 años después, hay en Venezuela una docena de universidades católicas de las que 7 son de creación jesuita. No solamente es importante lo que esas universidades aportan al conjunto de la educación superior venezolana, sino el modo en que ellas se entienden a sí mismas como universidades públicas de inspiración cristiana e iniciativa privada o social, formando parte del conjunto de la educación superior. Una universidad debe contribuir a la orientación del país como foro de los grandes problemas y con sus centros de investigación y de formación de decenas de miles de profesionales contribuir al desarrollo y transformación del país. Tiene además el reto de sacar lo mejor de su inspiración cristiana con valores, orientación y compromiso social durante la formación para que el mayor número de sus egresados profesionales se entiendan a sí mismos y a su profesión como aliados de los excluidos de hoy en un proyecto nacional justo e incluyente donde ellos sean sujetos activos y protagonistas. En las dos últimas décadas la UCAB ha sido parte muy activa de AUSJAL (la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina), que actualmente son 31 con 250.000 estudiantes). El rector de la UCAB fue durante 15 años (5 vicepresidente y 10 presidente) promotor de esa reflexión latinoamericana en un esfuerzo por convertir la universidad de inspiración cristiana en promotora (con sus foros, investigaciones, egresados...) de una sociedad justa.

Desde la UCAB se fundó la UCAT en San Cristóbal (1962) como extensión dependiente, que se transformó luego (1982) en universidad independiente. Hacia 1998 nació también como extensión con su propio campus la UCAB-Guayana. Desde la UCAB se sembró también Fe y Alegría (1954-55) y ésta en su desarrollo fundó el IUJO (Instituto Universitario Jesús Obrero en Catia), que creció y se multiplicó y ha llegado en la actualidad a 5 IUJOs (Catia, Petare, Barquisimeto, Guanarito y Maracaibo) con perfiles universitarios propios de Fe y Alegría.

Fe y Alegría. De forma muy modesta nació, con la poderosa inspiración del P. José María Vélaz, Fe y Alegría una obra de insospechada importancia, necesidad y pertinencia en Venezuela, en América Latina y en otros continentes. Al comenzar el 2º año de la existencia de la UCAB el P. Vélaz fue enviado como guía y formador espiritual de jóvenes universitarios que, agrupados en la Congregación Mariana, querían comprometerse con algo más que sacar una buena carrera. Su inquietud socio-religiosa bajo la conducción del P. Vélaz los llevó a los barrios de Catia y a descubrir en ellos la necesidad de escuelas y de la alianza estratégica con las familias y personas de los barrios que se sintieron llamados a aportar más de sí para crearlas juntos, donde no había con qué y donde no llegaba ni el asfalto ni el Estado.

Fe y Alegría como movimiento de educación popular y movimiento social nació en marzo de 1955 en una modesta y pequeña escuela en Catia. Hoy 60 años después es una inmensa realidad internacional de educación y movimiento social en 21 naciones con más de millón y medio de alumnos. Desde luego trasciende la labor educativa de los relativamente pocos jesuitas que trabajaron en ella. Lo importante y novedoso es lo que el P. Vélaz y el núcleo de jesuitas en los primeros 30 años hicieron en la animación de este movimiento que no nació con su identidad ya definida y terminada, sino que ha ido definiéndose a medida que se nutre de la experiencia y de los aportes de las comunidades y de los educadores más variados. También se ha ido nutriendo con la experiencia educativa y carisma de más de un centenar de congregaciones religiosas femeninas.

En Venezuela Fe y Alegría ha contribuido significativamente para que la educación católica del conjunto de la AVEC tome más y más en serio el reto de la educación pública de calidad desde los más necesitados.

Después de terminado el Concilio Vaticano II en 1965 y la Conferencia Plenaria del Episcopado Latinoamericano en Medellín en 1968, en toda la educación de la AVEC ha estado muy presente el deseo de ser también opción educativa para la gran mayoría que no la puede pagar en Venezuela. Esto en la práctica significa defender que somos educación pública, aunque no seamos educación oficial impartida por funcionarios gubernamentales, y que también los pobres deben tener libertad de escoger la mejor educación para sus hijos pagada por el presupuesto público nacional, sin discriminarlos por el hecho de que estudien en una buena escuela popular que no sea propiedad del gobierno. Así ha ido cristalizando en los últimos 30 años una educación católica de financiamiento mixto (Estado, institución promotora y directora y familia) donde se logra que las familias, contribuyendo con menos del 10%, sientan que la escuela es suya y trabajen por su cuidado y mantenimiento, y que la institución promotora – sea una congregación, parroquia, asociación... - cuida y desarrolla con matices propios cada escuela, que a su vez es suya y es pública. Todavía no se ha logrado la fórmula feliz y plenamente aceptada donde fluya la sinergia entre estado, familia y sociedad constituyendo una “tríada solidaria”, que hace posible una escuela de calidad. Podemos decir que ha sido y es significativo el aporte de miembros de la Compañía de Jesús a esta realidad prometedora e inconclusa.

A partir de la década de los setenta la Compañía de Jesús fundó el Centro de Reflexión y Planificación Educativa (CERPE) para fomentar y apoyar el estudio y la reflexión sobre educación venezolana, dentro de la cual la educación católica apenas es una pequeña parte. “Reflexión y planificación educativa” e investigación, pues la educación nacional necesita cambios profundos para llegar a cumplir su cometido. Una de las muestras

más recientes es la publicación (2012) del libro Educación para Transformar el País, como fruto del Foro CERPE constituido por una treintena de venezolanos, autorizados actores y estudiosos de la educación. Y en 2014 organizaron en la UCAB el Encuentro por una Educación de Calidad para Todos, siempre entendiendo el aporte de los diversos sectores de la sociedad, de las escuelas y sus actores, de las universidades y de los gobiernos a la educación pública para hacer realidad el derecho de todos los venezolanos y venezolanas a educación de calidad dentro de un Estado democrático plural.

En cuanto a los colegios que se autofinancian y a las universidades que cobran matrículas para existir, es clara la importancia que tienen, junto con los centros de presupuesto oficial, en la formación de profesionales cualificados y con una visión inclusiva de la sociedad rompiendo barreras y superando la pobreza. Esto no se consigue con una educación convencional, ni dejando que triunfe la inercia y la tendencia a la división social. La Compañía de Jesús se propone que su educación contribuya a formar personas, hombres y mujeres que en la vida sean conscientes, competentes, compasivos y comprometidos. Ciertamente no es fácil de conseguir, pero es imprescindible remar en esa dirección. Por eso la meta de “educación de calidad”, no se reduce la calidad a sólo competencias profesionales de racionalidad instrumental (ciertamente necesarias), sino que incluye las otras tres Cs (formar conscientes, compasivos y comprometidos) que va más allá de las evaluaciones cuantitativas e incluye los valores humanos más trascendentales e indispensables para la persona y la sociedad. La reducción del conocimiento a los saberes de una racionalidad instrumental produce y refuerza sociedades que excluyen, pues no fortalecen el mutuo reconocimiento y la solidaridad, ni la necesidad de un esfuerzo, unidos para el bien común.

3- APORTES PARA UNA SOCIEDAD MÁS JUSTA

Se ha dicho con cierta razón que en Venezuela el siglo XX empezó en 1936 luego de la muerte del dictador Juan Vicente Gómez, tras una larga cadena de guerras y caudillos. Ese año los jesuitas en Venezuela eran muy pocos, pero había algunos como Víctor Iriarte y Manuel Aguirre, especialmente conscientes de que el país estaba en una encrucijada decisiva en la cual la vivencia cristiana de una fe que actúa con amor y la guía del pensamiento social de la Iglesia (DSI) tenían que hacer un aporte significativo. Esto no era evidente para los líderes democráticos que más bien pensaban que el cristianismo era “per se” conservador y pertenecía al mundo conservador y oscurantista que había que superar.

Estos jesuitas pioneros también eran muy conscientes de los movimientos sociales y políticos que convulsionaban a toda Europa. La quinceañera Unión Soviética se consolidaba con Stalin como una dictadura totalitaria y atea y pretendía proyectarse internacionalmente como esperanza de justicia y vida para el proletariado y para los pueblos sometidos. En Italia y Alemania parecían hacerse cada día más fuertes los fascismos con mezcla ideológica de socialismo y nacionalismo (nacional-socialismo), con una marca especialmente dura y guerrerista en Alemania. La economía capitalista, con la gran crisis mundial de 1929, dejaba al descubierto la debilidad, la inhumanidad y las funestas consecuencias de una economía de mercado, sin regulación ni contrapeso social, dejado a la ley del más fuerte y sin un Estado fuerte con acciones públicas decididas para buscar el bien común y fortalecer el desarrollo humano y social de los más débiles (educación, salud, política laboral y salarial, organizaciones sindicales, democracia social...) En una palabra fortalecer los sectores más débiles de la sociedad tanto en lo productivo-económico, como en lo político.

Para esos años la socialdemocracia de origen marxista se había dividido en dos y crecía su enfrentamiento: la marxista-leninista totalitaria fiel a la Unión Soviética y organizada en la Tercera Internacional con sede y

control en Moscú, y la socialdemocracia crítica y enfrentada a la deriva totalitaria de la Unión Soviética y que continúa agrupada en la Segunda Internacional. Ese enfrentamiento de dos movimientos con raíces marxistas comunes, pero con planteamientos opuestos, continúa hasta nuestros días, aunque el modelo soviético colapsó estrepitosamente y los partidos socialdemócratas han sido gobierno en decenas de países con resultados diversos en países democráticos y pluralistas. Antes y después de la espantosa segunda guerra mundial se da el choque político de grandes movimientos sociales en busca de soluciones. También el movimiento demócrata cristiano de inspiración cristiana y orientación en la DSI, ha jugado un papel excepcional en la reconstrucción de Europa y en la política de varios países latinoamericanos.

El aporte de los jesuitas a la siembra original del socialcristianismo en Venezuela es muy significativo. En la Venezuela que nace en los sueños y propuestas de la juventud entre cárceles gomecistas y exilios, están presentes primero la visión comunista y la socialdemócrata, ambas teñidas de anticlericalismo y con una visión más bien negativa y crítica del cristianismo. Esta actitud prevalece en la mayoría de los dirigentes de la Generación del 28. No sin razones, ellos ven a la Iglesia y al mundo católico como un baluarte de la tradición y del conservadurismo y como parte de un mundo que hay que remover. En ese momento (1938) nace la revista SIC que en su primera presentación se define como *“palestra de discusión de temas actuales... hoja viva, palpitante de realismo y actualidad, como reclama la trascendencia de la hora crucial que vivimos, de la que ha de surgir ineludiblemente –buena o mala- una Nueva Venezuela”*. Este propósito suponía un cambio en la propia Iglesia y una postura crítica frente a las corrientes políticas derivadas de las inquietudes de la Generación del 28 y hacer realidad en nuestro país la inédita doctrina social de la Iglesia, darla a conocer a los jóvenes universitarios, a los trabajadores y a los campesinos y convertirla en movimientos socio-políticos. Era una novedad y, como tal, muy mal comprendida por las otras corrientes políticas que con frecuencia confundían lo cristiano con el fascismo y la falange o con el tradicionalismo religioso conservador. Se trabajó fuertemente en la formación de un laicado profesional que viviera su fe con el compromiso socio-político de crear una nueva Venezuela. Esa siembra empezará a cosecharse en la década de los sesenta.

Ni la Iglesia universal, ni el centro social de los jesuitas y su revista SIC permanecerán inmóviles. El papa bueno Juan XXIII convoca el Concilio Vaticano II para hacer una revisión autocrítica del creciente distanciamiento e incompreensión mutua entre el mundo moderno y la Iglesia católica. Terminado el Concilio renovador en 1965, pronto se hará sentir en la Iglesia latinoamericana donde la autocrítica estará marcada fuertemente por el reencuentro con la evangélica “opción preferencial por los pobres”, tan clara en Jesús de Nazaret y su mensaje universal de salvación. Como luego veremos, el año 1968 con la Asamblea plenaria de los obispos latinoamericanos en Medellín, puede señalarse como el punto de cambio y por lo mismo de conflicto intraeclesial y social lleno de transformaciones y sembrado de mártires, desde catequistas hasta monjas, sacerdotes y obispos asesinados. A fines de 1969 el CIAS (Centro de Investigación y Acción Social) de los jesuitas con el P. Manuel Aguirre a la cabeza se transforma en el Centro Gumilla.

En las décadas de 1940 a 1970 el sello fundamental del aporte social de los jesuitas era la doctrina social de la Iglesia con un fuerte anticomunismo y antiliberalismo económico, que en la práctica desembocaba en fórmulas socio-políticas de corte socialcristiano. Esta corriente se esforzaba en abrir la mente de los cristianos hacia cambios sociales significativos y se constituía en baluarte contra el comunismo o lo que fuera sospechoso de ello. Esa percepción de la realidad y de las alternativas políticas estimuladas como reacción al sectarismo adeco y a su uso hegemónico partidista del poder, contribuyó al golpe militar de 1948 contra el primer gobierno democrático. Entonces AD (ya claramente enfrentado al partido comunista) era considerado por los sectores conservadores como lobo comunista disfrazado de oveja. La necesaria y meritoria labor de AD por

fortalecer a las mayorías excluidas y la creación de sujetos sociales más amplios que las preexistentes minorías que terminaban apoyando las dictaduras, fue abortada por el golpe militar, pero volvería una década después para convertirse en gobierno democrático duradero con apoyo de la socialdemocracia, de la democracia cristiana y también de la Iglesia católica. En 1958 se instauró la democracia, ahora con un AD menos sectario y un gobierno más abierto al pluralismo y en pacto con otros partidos. Muy significativa fue la coalición de la socialdemocracia y el socialcristianismo en el gobierno que tuvo su expresión más creativa a lo largo de esa década. Lamentablemente gran parte del Partido comunista se dejó encandilar por el espejismo de la revolución cubana en el poder y optó por la lucha armada; a su vez la mayoría de la juventud de AD se separó de su partido formando el MIR y sumándose a la lucha armada contra el gobierno democráticamente elegido de Rómulo Betancourt.

En esa década de los sesenta el aporte social de los jesuitas fue básicamente con formación en la doctrina social de la Iglesia impartida en los diversos modelos de cursillos sociales y a la lucha universitaria por ganar las elecciones y el poder en las universidades públicas venezolanas. De nuevo aquí destaca la orientación y labor del P. Manuel Aguirre que cuenta con el esfuerzo de mucha gente en los colegios, en las universidades y en multiplicidad de movimientos. Ciertamente ese trabajo por todo el país tuvo muchos éxitos y fortaleció la presencia muy significativa en la lucha política universitaria. En menor grado también se realizó una labor de formación de sindicatos autónomos (CODESA).

Los cambios postconciliares. En 1965 terminó el Concilio y poco a poco empezaron a notarse ciertos cambios en la Iglesia. El año 1968 fue para la Iglesia latinoamericana un punto de llegada y también de partida. De llegada de una visión crítica de la sociedad y de la Iglesia; de partida con la búsqueda de un sujeto social en las mayorías pobres, excluidas y cristianas, más allá de la clase media y de las formulaciones de la democracia cristiana y de las aplicaciones más moderadas de la DSI. En el año 1968 marca para los jesuitas latinoamericanos un hito la Carta de Río de los provinciales SJ reunidos en Rio de Janeiro bajo la inspiración del P. Pedro Arrupe, Superior General de la Compañía de Jesús, invitando a repensar muchas cosas desde los más pobres. Como hemos dicho, ese mismo año tuvo lugar en Medellín la Conferencia de obispos de toda América Latina, invitados por el Papa Pablo VI al terminar el Concilio a hacer una lectura autocrítica de la Iglesia latinoamericana dejándose interpelar por su concreta realidad social y religiosa. También en ese año 1968 nace explícitamente la "teología de la liberación" con Gustavo Gutiérrez y otros. Esta teología en esencia es una nueva perspectiva desde los pobres y el Espíritu del Dios liberador que vive Jesús para leer desde ahí, dejándose interpelar y buscar cambios que signifiquen para la mayoría pobre pasar del cautiverio y la exclusión a la liberación y a la responsabilidad de construir y producir una sociedad más justa con los valores del Reino de Dios.

Otro factor importante que también influye es la revuelta estudiantil (1968) y la muy profunda transformación cultural que significó la llamada revolución del "mayo francés" que estalló en París, en Berkeley, en Woodstock y en Berlín y se extendió a todo el mundo.

En diciembre de 1968 de forma silenciosa y modesta nació el Centro Gumilla de Venezuela como una nueva etapa y ruptura en continuidad del centro social de los jesuitas. Dirigido por el P. Manuel Aguirre meses antes de su fallecimiento y formado por jesuitas de otra generación y en parte otra mentalidad. La confluencia de los factores indicados significó un profundo conflicto social y eclesial y cambio en la labor social de la Compañía de Jesús en Venezuela. Ese cambio se refleja entre otras cosas en la formación de una pequeña comunidad (4) de sacerdotes-obreros jesuitas en Antímano con trabajo en las fábricas de La Yaguara y vida en

un ranchito de un barrio pobre de Antímamo (luego en Los Canjilones de La Vega), con una opción decidida de repensar su vocación sacerdotal evangélica, no desde un colegio, sino desde el lado de los pobres y los obreros. Otra realidad novedosa y significativa fue la intensa y creativa dedicación de tres jesuitas a formar cooperativas de ahorro y préstamos en sectores populares de varias regiones del país con epicentro en Barquisimeto en una primera etapa y más adelante cooperativas de producción campesina. Eso dio pie al movimiento cooperativo más grande de Venezuela. También coincide en el tiempo y en el espíritu de esta visión crítica de la sociedad y de la Iglesia la formación de grupos de jóvenes de colegios católicos que optan por salir de sus casas para ir a vivir a los barrios y dirigir protestas contra aspectos de la Iglesia que consideran poco evangélicos.

Una de las manifestaciones del choque y de las mutuas descalificaciones fue la crisis de la Universidad Católica en 1972, que arrancó con la expulsión de una veintena de estudiantes, varios profesores y varios jesuitas bajo la acusación de “comunistas”. Se pensaba que si eran tolerados conducirían a la toma o a la crisis de la Universidad. Este conflicto adquirió grandes dimensiones y tuvo mucha resonancia social, eclesial y jesuítica, al derivar en la exitosa huelga de hambre en la UCAB y la renuncia de sus principales autoridades. Un par de meses después la crisis concluyó con la readmisión de todos los expulsados y con la gradual pero decidida apertura de la UCAB a la participación crítica, al pluralismo político y al debate de ideas con un nuevo estatuto orgánico, más universitario, más participativo y menos autoritario y con una universidad que en esta nueva etapa será dirigida por un rector laico.

Todo esto supuso grandes tensiones y debates en la Iglesia y en la sociedad venezolanas a lo largo de la década de los setenta. Era necesario un nuevo discernimiento desde una voluntad decidida y un punto de mira ubicado en el futuro digno de los pobres y la presente negación de estos. En la política el acérrimo anticomunismo heredado por el Centro Gumilla fue evolucionando hacia posturas críticas en relación a una democracia que, de la mano de la socialdemocracia y el socialcristianismo, logró notables realizaciones en Venezuela, pero que desde mediados de los setenta (1978) lucía estancada y aun en retroceso. En esa década se vuelve inevitable abrir la pregunta ¿puede un cristiano ser socialista? Pregunta que por cierto también se formula Pablo VI en la Octogésima Adveniens (1971). El carácter dictatorial del comunismo soviético se pone cada vez más en evidencia como fórmula anti natura que no responde ni al deseo de justicia ni al de libertad, y comienza el deshielo en el mundo y en Venezuela hacia la búsqueda de formas socialistas distintas a la soviética y que permitan más libertad y justicia que en las sociedades capitalistas, sobre todo las latinoamericanas.

En Venezuela para mediados de los sesenta la guerrilla ya ha sido derrotada y no pocos comunistas en la cárcel y en el exilio van viendo con profundo desengaño el carácter dictatorial negador de las libertades esenciales del paraíso soviético y sus filiales. La invasión de los tanques soviéticos y represión del incipiente socialismo libertario en Checoslovaquia (1968), producen fuertes críticas en el comunismo venezolano. Ello animará el nacimiento del MAS (Movimiento al Socialismo) separándose del PCV en 1971. Su crítica al comunismo dictatorial y estatista y a su dogmatismo ideológico ateo, atrajo hacia el MAS a muchos jóvenes cristianos, un tanto desilusionados de los pobres cambios hechos por la democracia cristiana cuando llegó al gobierno. Todos estos fueron factores de los nuevos acentos del aporte social de los jesuitas en Venezuela en la década de los setenta y ochenta. Por ello mismo fueron bastante criticados dentro de la Iglesia y de la sociedad por quienes temían cambios más de fondo.

En la década de los setenta también se formó la comunidad de jesuitas con indígenas Yekuana en Kakuri (Alto Ventuari) dirigida por el carismático hermano Korta.

Quizá uno de los aportes más significativos de los jesuitas en Venezuela en lo político-social es el hecho de abordar los temas con espíritu crítico, sin respetar las rígidas barreras doctrinales, sino asumiendo y estudiando desde dentro alternativas que tradicionalmente se consideraban prohibidas; pero al mismo tiempo esto exige no sacralizar ninguna opción política alternativa, ni confundirla con el Reino de Dios, sino examinar con rigor sus resultados prácticos valorando los logros y los fracasos. Así el tema no es tanto la discusión ideológica de las promesas de paraíso socialista, sino el funcionamiento concreto de los modelos impuestos por quienes con esa promesa llegaron al gobierno y al poder.

En América Latina entre 1965 y 2015 se han ensayado muchas dictaduras militares salvadoras del comunismo y las realidades se encargaron de demostrar su fracaso e inhumanidad.

Algo similar se puede decir de los ensayos neoliberales extremos. Así mismo se ensayaron y fracasaron por sus propias limitaciones diversos ensayos socialistas que prometían modelos distintos del “socialismo” real -soviético y chino-, de estatismo dictatorial, sin libertades económicas, sociales y políticas. En Perú con Velasco Alvarado, en Chile con Allende, en Nicaragua con el sandinismo, en Cuba con Castro y más recientemente en Venezuela con Chávez, se han prometido socialismos con adjetivos de diverso matiz y han fracasado estrepitosamente. Esto permite ver con más claridad que los cristianos en lo socio-político tenemos que hacer nuestra la causa liberadora de los pobres, pero que ninguna fórmula alternativa debe ser sacralizada y ningún modelo político debe ser confundido con una teología que quiere ser liberadora. “Por los hechos los conocerán” dice Jesús. El aporte cristiano en sociedades donde gran parte de la población es tratada como mero objeto de los intereses de otros, estará lleno de esperanza y empeñada en crear sujetos sociales y políticos en un nuevo orden, pero nunca defenderán la ilusión del paraíso en la tierra por haber alcanzado la plenitud de la utopía. Servir a las personas y no poner éstas al servicio de ideologías, como dice el papa Francisco. Crear poder donde hay debilidad y opresión; no sacralizar ningún poder, sino criticarlo y considerarlo como medio que será valioso en la medida en que ayude a la humanización de la sociedad y la liberación de las personas. Tal vez ésta sea la razón por la que en Venezuela el centro social de los jesuitas ha mantenido una distancia crítica de las promesas mesiánicas chavistas.

4- SENTIR CON LA IGLESIA

La Compañía de Jesús no tiene sentido fuera de la Iglesia y San Ignacio quería -en sus tiempos de tanta corrupción en la Iglesia merecedora de crítica y de búsqueda de renovación desde dentro- que los jesuitas sintiéramos con la Iglesia. Se trata pues de una vivencia y de un servicio desde dentro y con espíritu crítico para que la Iglesia se libre de sus propias desviaciones y pecados y sea más y más servidora de la humanidad desde Jesús y no desde sus limitaciones humanas y contagios mundanos.

A Venezuela llegaron los jesuitas en 1916 a servir a la Iglesia con la específica responsabilidad de formar sacerdotes en el seminario de un país con al menos medio siglo de reducción de su autonomía del poder civil y de anticlericalismo reinante. En la mayor parte del país la socialización católica se mantenía básicamente en las familias y en algunas cofradías capaces de funcionar sin clero. Los Andes fue una excepción.

Cuando vemos en perspectiva el lento caminar hacia la recuperación institucional de la Iglesia venezolana, la formación del clero nativo, la reinsertión (con refuerzos de fuera) de la Vida Religiosa suprimida por Guzmán Blanco (congregaciones y órdenes religiosas) en Venezuela, una gran novedad es la fundación de una decena de congregaciones religiosas femeninas venezolanas a finales del siglo XIX. La tercera pieza (aunque prioritaria) es la formación del laicado católico como sujeto eclesial del primer orden que constituye el Pueblo de Dios. El

clero y la vida religiosa se entienden dentro de él, para él y nutrido de él. Eso hoy lo entendemos, pero hace décadas era otra la mentalidad católica y la comprensión clericalizada de su Iglesia. Todavía estamos muy lejos de esta transformación eclesial desclericalizada que inspira el Concilio Vaticano II y que es tarea mundial en la que Venezuela no es una excepción.

Los jesuitas desde el comienzo apostaron al laicado con la mentalidad propia de ese tiempo y han ido evolucionando y cambiando gradualmente esa mentalidad a medida que las luces e inspiraciones del Concilio Vaticano II se van haciendo realidad.

La Compañía de Jesús fue responsable del Seminario Interdiocesano de Caracas desde 1916 a 1953, año en que se fundó la Universidad Católica Andrés Bello y se entregó el seminario. En ese tiempo la teología que se enseñaba era la común a toda la Iglesia. Muchos de los profesores no tenían conocimiento previo de la concreta vida de la sociedad y de la Iglesia en Venezuela, pero se consideraba que no era tan necesario y que lo fundamental era formar un clero al estilo romano con el molde común a toda la Iglesia. Quizá la novedad en el seminario de Caracas pudo estar en una característica que es muy de los centros de formación de los jesuitas: los fines de semana y en las fiestas religiosas como Semana Santa, Navidad... salían a atender religiosamente las comunidades pobres circundantes donde formaban grupos de catequesis, Legión de María y de celebración de la misa dominical. Del seminario, trasladado de la plaza Bolívar a Sabana de Blanco, iban hacia Lídice y Catia, donde fundaron tres parroquias. También irradiaron su acción formativa y educativa en las zonas más vecinas del seminario. El P. Martín Odriozola se destacó por su entrega y santidad en el servicio como apóstol de los pobres.

En la construcción de la moderna Iglesia venezolana conviene destacar la figura del P. Víctor Iriarte que con su visión, elocuencia y amor a la Iglesia hizo un aporte extraordinario a las reuniones de los obispos, a sus retiros, al fortalecimiento de la Acción Católica juvenil en los años treinta y a su creciente apertura a la opción política de inspiración cristiana en un movimiento universitario que terminaría una década después (1946) en la fundación del partido social cristiano COPEI. También los retiros para caballeros en Semana Santa en una Venezuela donde los varones adultos solo excepcionalmente entraban al templo, fue otro de los apostolados del P. Iriarte. Así mismo fue el gran asesor y promotor de las Conferencias de San Vicente de Paul, movimiento laical de hondo contenido social que cristalizó en creaciones y mantenimiento hasta nuestros días de casas para ancianos, en una sociedad carente de servicios públicos de este tipo

Paraguaná (Asumir, acompañar y, cuando se ha logrado la misión, alzar el vuelo). Tradicionalmente los jesuitas no asumían la dirección de parroquias por considerar que ellas (como estructura territorial fija y circunscrita) les impedían la movilidad que San Ignacio quería para sus hombres. Por eso creaban residencias que asumían templos como San Francisco en Caracas (1922) y San Felipe en Maracaibo (1925), pero no parroquias. La península de Paraguaná era en los años treinta pobre y árida (todavía no existía Punto Fijo ni las refinerías petroleras) y un tanto aislada y sin atención religiosa parroquial. Cuando el Obispo de Coro visitó en Roma al P. General de los jesuitas (P. Vladimiro Ledokowsky) le pidió ayuda de jesuitas para fundar y atender parroquias. Éste le respondió que no era propio de los jesuitas, salvo en tierras de misión. A lo que el Obispo le contestó que Paraguaná era tierra de cristianos pero como tierra de misión por su carencia de sacerdotes. Lo que convenció al P. General y así llegaron los jesuitas en 1937 atravesando inhóspitos arenales para rescatar iglesias coloniales y crear parroquias con una extraordinaria labor de siembra catequética por toda la Península durante medio siglo. A fines del siglo XX, ya asentadas las parroquias, transformada socioeconómicamente

Paraguaná y constituida una diócesis propia, los jesuitas entregaron las parroquias al clero diocesano para ir a buscar nuevas fronteras más necesitadas.

Luego del Concilio Vaticano II los jesuitas en Venezuela se abrieron al Oriente del país y pasaron de la cautela a asumir hasta 22 parroquias en áreas de gran necesidad pastoral. Iban descubriendo que en las regiones más necesitadas del mundo la parroquia y sus comunidades eclesiales de base eran un modo privilegiado de servir y de acercarse a la vida de la gente. El Oriente venezolano era eclesialmente débil y carente de clero. En los tiempos postconciliares, respondiendo a las peticiones de las nuevas diócesis de Cumaná, Maturín y Puerto Ordaz, los jesuitas fundaron en unos casos y asumieron en otros no menos de 10 parroquias y desde ellas colaboraron también en los nacientes seminarios diocesanos. Luego de varias décadas, a medida que se formaban sacerdotes diocesanos, los jesuitas iban entregando parroquias ya constituidas con sus redes apostólicas de laicos y laicos catequistas y animadores de las comunidades. Al mismo tiempo en las dos últimas décadas del siglo pasado fueron abriendo un nuevo frente parroquial en las fronteras de Guasdalito, El Amparo, El Nula y Ciudad Sucre, regiones apartadas y carentes del clero de la diócesis de Apure y con problemas fronterizos especialmente agravados con la presencia de la guerrilla colombiana.

La amplia experiencia en parroquias con su novedad evangelizadora y la formación laical ha dado frutos. Paraguaná se dejó en 1997 convertida en una Diócesis, constituida de un buen número de parroquias con sus laicos y estructuras organizativas parroquiales. Así mismo ha sucedido con otras tantas parroquias en diversos sitios del país. Aún queda mucho por hacer en las parroquias, sobre todo en liderazgo laical, organización pastoral, pastoral con jóvenes y espiritualidad. Basta imaginar el gran reto que supone el oriente del país, la frontera y las populosas barriadas de la Vega y La Carucieña.

Jesuitas y vida religiosa en Venezuela. La vida de las congregaciones religiosas en la Venezuela moderna en gran parte fue fruto del trasplante de vocaciones y de carismas congregacionales de otras tierras. A la decena de nuevas fundaciones venezolanas se sumaron centenares de religiosas y religiosos que con ilusión y generosidad se trasplantaron a estas tierras para servir aquí a Dios, a la Iglesia y a la sociedad. Resultaba lógico y visible el origen extranjero de esas personas, pero era también inocultable su deseo de transmitir ese carisma a jóvenes venezolanas y venezolanos. Para esto era necesario abrir noviciados en Venezuela y dar apoyo a la formación en nuestro país.

Ya antes de 1940 los salesianos y los jesuitas abrieron sus noviciados en Venezuela, pero para el resto de su formación enviaban a sus jóvenes a centros de estudios de filosofía y de teología en América o Europa. Algo similar ocurre con las otras congregaciones masculinas. Una de las novedades que trajo el Concilio fue el fortalecimiento de los estudios de las religiosas. Para ello, por un lado las que se dedicaban a la educación escolar hicieron un extraordinario esfuerzo institucional y personal para estudiar y sacar títulos nacionales en el Pedagógico y en otras universidades. Pero había que hacer un esfuerzo más novedoso y creativo para incrementar las oportunidades de formación espiritual y teológica en Venezuela.

Son muchos los jesuitas que tuvieron como prioridad de su trabajo contribuir a esta formación en Venezuela en servicio y fortalecimiento de su Iglesia. Sólo mencionaremos al P. Jacinto Ayerra con su dedicación y gran capacidad organizativa con cursos de formación (presenciales y a distancia) para el clero y también para las religiosas en centros como el CER. También el P. Félix Moracho con sus publicaciones de formación cristiana básica realizó una gran contribución formativa para laicos y religiosas e irradió hacia otros países.

Estos esfuerzo fueron caminando, tanto en la vida religiosa femenina como masculina, y venciendo innumerables obstáculos y resistencias diversas se llegó en 1979 a la fundación del ITER (Instituto de Teología para Religiosos); pronto se logró que lo que en su nacimiento estuvo restringido a religiosos varones, se convirtiera en una Facultad de Teología con reconocimiento eclesiástico y civil, abierta a religiosos, religiosas, laicos y seminaristas diocesanos. Debemos resaltar que el ITER es intercongregacional desde su propia gestación y está marcado por un fuerte empeño en poner las condiciones para que la “vida religiosa acontezca en Venezuela”, bien inserta y nutrida de la propia Iglesia venezolana. Venezuela necesitaba que las jóvenes vocaciones venezolanas en su formación se encontraran y se nutrieran de las comunidades eclesiales venezolanas, que los jóvenes religiosos nativos a lo largo de su formación transformaran el estilo y vida de sus comunidades viviendo con religiosos mayores venidos de otras tierras, de modo que las comunidades renacieran con un sello propio venezolano dentro del carisma universal de su congregación.

Para hacer buena teología que sirva e ilumine a una comunidad cristiana es necesario que los teólogos profesores y los estudiantes tengan antenas internacionales, pero enterradas en el suelo fértil de esta tierra y se alimenten de la sabia espiritual de la comunidad creyente y de las respuestas evangélicas que ésta va encontrando a sus problemas específicos. En la gestación del ITER, como algo esencial y definitorio de su manera de hacer teología, Iglesia y Vida Religiosa, es clave esta encarnación que asume la realidad venezolana y se deja interpelar desde ella. Tejer aquí el fuego evangélico con el hilo teológico de la tradición universal y el hilo de la fe de las propias comunidades venezolanas. Se veía como imprescindible que para las crecientes vocaciones nativas la vida religiosa no continuara como algo extranjera que exigía al joven hacerse de otro país en su propia patria.

No fue fácil que esto se entendiera pero se fue abriendo paso. Lo que no podía hacer cada congregación sola lo podían hacer juntas y así las debilidades particulares se convirtieron en fortalezas en la medida en que se ponían los recursos en común. Es muy significativo por ejemplo que en una Iglesia que en el pasado parecía impensable una producción teológica propia, haya creado una revista de teología y otra de filosofía y las haya mantenido sin interrupción, así como la realización anual de Jornadas de Teología con su correspondiente libro publicado.

La Compañía de Jesús apostó fuerte por esta opción, junto con otras congregaciones, y el ITER nació como auténticamente inter-congregacional (muy raro en el mundo) al que cada carisma religioso aportaba sus mejores formadores y sus estudiantes. Su reconocimiento eclesiástico le vino por su adscripción a la Universidad Pontificia Salesiana en Roma y su reconocimiento civil por su incorporación con autonomía en la Universidad Católica Andrés Bello.

Los aportes a la Vida Religiosa y a la formación sacerdotal y laical en Venezuela no se reducen al ITER, sino que comprende toda la labor de los jesuitas como profesores y directores en **los** Seminarios y en retiros y Ejercicios Espirituales a miles y miles de sacerdotes, religiosas/sos, y laicos/as a lo largo de estos 100 años en casas de Ejercicios Espirituales propias y en muchas otras casas de las diócesis y de otras congregaciones religiosas.

Formación de jóvenes. En el amplio y variado campo de la formación eclesial se inscriben diversas experiencias en colegios, universidades y de parroquias. Como se ha dicho en párrafos anteriores, la formación de los jóvenes ha estado muy asociada a la misión de la Compañía de Jesús desde sus comienzos en Venezuela. Ya en 1951, a 35 años de llegados los jesuitas, esta formación había adquirido la forma de “Cursillos Sociales”, y

para 1960, Cursos de Capacitación Social. El Padre Manuel Aguirre SJ señalará en 1962 que esta formación de líderes jóvenes comprendía lo social, político, cultural y lo espiritual.

Tras diversas experiencias de organización de jóvenes y a partir de sus logros y la autoevaluación de las dificultades, la Provincia se planteó en junio de 1989, en reunión de delegados de pastoral juvenil, la creación de una organización de jóvenes para promover su liderazgo, la cual debía abarcar las diversas edades y que pudiera adaptarse a las circunstancias diversas de las obras y regiones. Esta motivación surgió para dar respuesta a los grandes retos que planteaba la realidad nacional tras los acontecimientos de conocido Caracazo (Febrero y Marzo de 1989). Así nace en noviembre de 1989 el Movimiento Juvenil Cristiano Huellas. Su crecimiento numérico, su formación sistemática, la articulación dentro de otras obras y sus diversos programas son muestra de lo que se puede lograr con el esfuerzo combinado entre las diversas obras vinculadas a los colegios, universidades y parroquias. Entre los énfasis que Huellas pretende lograr en la actualidad están un mayor afianzamiento de la experiencia cristiana en los jóvenes que la conforman y la profundización del liderazgo de los jóvenes para que tengan mayor incidencia en los cambios de la sociedad.

Un campo especial de formación de jóvenes es el Programa de Liderazgo Universitario desarrollado en nuestras universidades. Principalmente la UCAT y en parte la UCAB, han podido incursionar en procesos y eventos que van dando muy buenos resultados. Por su impronta evangelizadora y por su capacidad de motivación se están convirtiendo en espacios y experiencias que ameritan un especial impulso.

----- 0 -----

Orientaciones para trabajar el texto:

“Incidencia en un siglo de Presencia Ignaciana en Venezuela (1916-2016)”

- 1. LEER-REFLEXIONAR-ORAR-AMPLIAR.** Se sugiere que cada integrante de la Comunidad, Obra y Organización **lea, reflexione, ore y amplíe personalmente** el texto.

Puede ayudar preguntarnos de manera crítica y reflexiva **¿qué manifestaciones y logros eclesiales y nacionales se aprecian en los 100 años de Vida y Misión de la Compañía de Jesús en Venezuela?**
- 2. SOCIALIZAR-AMPLIAR-PROFUNDIZAR.** Se sugiere que cada Comunidad, Obra y Organización **comparta en grupo su trabajo personal.** Puede ayudar:
 - 1º) **Socializar** las manifestaciones y logros eclesiales y nacionales que se aprecian en los 100 años de Vida y Misión de la Compañía de Jesús en Venezuela.
 - 2º) **Señalar** los **retos** que surgen a partir de estos 100 años de Vida y Misión Ignacianas.

Al final del intercambio comunitario o grupal, puede rezarse en común:

“Toma, Señor, y recibe, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer. Tú me lo diste, a ti, Señor lo devuelvo. Todo es tuyo. Dispón de mí según tu voluntad. Dame tu amor y gracia que ésta me basta. Amén”.